

RAIMUNDO, UN MURCIANO BUENO EN EL CORAZÓN DE MADRID

VENANCIO-LUIS AGUDO

Llegué a aquella redacción, increíble de calidades y de humanidad cristiana, cuando yo era apenas un muchacho, y andaban por su mitad los años 50. No había acabado aún mi carrera de periodismo. Me ofrecieron suplir, durante el mes de julio, a un redactor. Al acabar el mes, cuando yo me esperaba que volvería a la calle, fue el mismo secretario de Redacción, veterano ya periodista, quien me comunicó, por encargo del director, que no iría a la calle... sino a suplirle a él durante sus vacaciones de agosto. Él era murciano, y se llamaba Raimundo de los Reyes. Al cabo de un año yo me convertiría en director del periódico de aquella provincia –*La Verdad*– siendo el director de periódicos, entonces, ¡ay! más joven de España.

Fue así como conocí a aquel hombre de cabellera abundante y totalmente blanca, alegre y dicharachero, bueno a carta cabal, y cuya amistad se prolongaría después en una relación mucho más larga con sus hijos: Antonio, que sería “mi corresponsal” en Molina de Segura, durante los felices 14 años en que dirigí *La Verdad*, y Raimundo, uno de los redactores base de la agencia “Logos” que dirigí años después.

Raimundo, padre, se me quedó grabado, en esos tiempos cruciales en que miras para aprender, a los veteranos, con tres notas características:

1) **Periodista de raza, de una pieza.** Al modo y manera de los que tanto abundaban entonces en aquella redacción ejemplar. Viviendo, con tensión y entrega, una vocación apasionada; sabiendo hacer de todo o casi todo; y todo o casi



todo, bien. Era no sólo un redactor, sino –queda dicho– el Secretario de la Redacción, que ponía orden, con humor y compañerismo, en las burocracias y relaciones de la maquinaria para que no rechinase. Pero que, además, escribía; y escribía con gracia su sección ¡diaria! “El Oso y el Madroño”. Eran periodistas de una pieza. Cada uno de ellos, pura anécdota. Supliéndole a él, tuve que coincidir con el suplente del director, profesor (en España y antes en Inglaterra), de periodismo (¡yo, recién llegado!), Nicolás González Ruiz. “Nuestros” despachos –de director y de secretario de redacción–, estaban juntos. A media tarde, el director en funciones, el profesor, el magnífico editorialista, el crítico de teatro y libros, el comentarista de humor... todo en una pieza, salía del despacho y se sentaba en un sofá que había frente a mi mesa. Los primeros días me quedé cohibido. Una tarde me atreví a preguntar:

—Y, usted, cuando no suple al director qué es en el periódico.

—Yo tengo un puesto un poco raro. Yo trabajo de Nicolás.

Y me explicó que era todo lo que he citado anteriormente. Cuando se necesitaba un editorial de materia un poco extraña: “Que lo haga Nicolás”...; cuando un libro pesadete que nadie quería... “Para Nicolas”, etc. Y así había llegado a tantas especialidades.

Y estaba “El Maestro”, Claver, uno de los periodistas más cultos y más refinados en su estilo que he conocido; y “El Sabiazo” (Bartolomé Mostaza, una auténtica enciclopedia), y Antonio Ortiz Muñoz, el trotamundos (varios viajes alrededor del orbe, cada cual con su serie de reportajes y con su libro después) en aquellos primeros aviones eternos. Entre ellos, como secretario y organizador suyo, “Don Raimundo”.

2) **Un murciano en Madrid.** Murciano total. Puente y nexo entre la Casa Regional de Murcia, en el mismo Madrid, y la prensa nacional. Y no sólo de la Casa Regional, sino de todos los organismos, y sociedades y hombres de la provincia. Y todo ello, no como un amor a lo propio que, para afirmarse, tiene que oponerse a... Aquellos hombres supieron e hicieron tanto por la cultura y las gentes de sus tierras como quienes hoy se creen los más amantes de sus “autonomías” porque andan en tensión frente a... En la redacción, en los ambientes periodísticos y culturales todo el mundo sabía del murcianismo de Raimundo de los Reyes, que se imponía ya con el acento de la primera frase que pronunciase. Pero, al mismo tiempo, durante años y años, mantuvo una sección sobre Madrid, titulada “El Oso y el Madroño”, con la que se abrían las páginas dedicadas a Madrid, de aquel esplendoroso diario nacional que se llamó *Ya* en sus mejores tiempos.

Al cabo de un año, yo tenía varias propuestas que acabarían definiendo mi carrera profesional y mi vida. Una de ellas, venir a dirigir *La Verdad*. Un familiar





Con el príncipe Juan Carlos de Borbón, a la llegada de éste a España
para realizar su formación superior

que por entonces vivía en Barcelona (no era infrecuente entonces en aquella región emplear la palabra “murciano” como insulto), se extrañó de mis dudas: “Pero ¿te vas a ir a Murcia? Elegí Murcia. Yo, madrileño, que jamás había pisado esta tierra. Viví en ella 14 años, los más felices de mi vida. Aquí nacieron mis siete hijos, esparcidos hoy por el universo mundo, en donde se identifican con felicidad como murcianos. Me creo con una modesta autoridad para ensalzar hoy a aquel murciano que durante años fue uno de los mejores cronistas de Madrid y del madrileñismo y que firmaba su comentario madrileño con el pseudónimo tan castizo de “Don Hilarión”. Y me siento con autoridad para decir que no es necesario enfrentar a las regiones de España para amar y trabajar con pasión por la propia.

3) **Su enorme corazón.** Amigo de todo el mundo, se le acabó desbordando su bondad en múltiples secciones que, en diversos tiempos y de una u otra manera, trataban de salir al paso de las necesidades de la gente. Sabía, desde un pequeño rincón anónimo, mover el corazón de los lectores para entre muchos, ayudar a quien pasaba alguna necesidad y llegaba con ella hasta la mesa del “secretario de redacción”.

Este es mi recuerdo, agradecido, de uno de los hombres que formaba parte de uno de los equipos mejores que ha habido en el periodismo español de este siglo y de los cuales tuve ocasión de aprender este oficio, entendido como un servicio a las buenas gentes de España.

